

Del silencio augural al silencio ante el prodigio

Santiago MONTERO*

Universidad Complutense de Madrid
smontero@ghis.ucm.es

La presencia del silencio en el contexto religioso de la antigua Roma es, sin duda, un tema poco estudiado¹ siendo así que se hacía necesario en importantes rituales como el sacrificio² y, sobre todo, la auspicatio.

1. EL SILENCIO AUGURAL

El silencio impuesto en la toma de auspicios, es decir, durante la observación del vuelo de las aves del que se desprenderían la voluntad de Jupiter se conocía como el

* Este trabajo se ha realizado dentro de un proyecto de investigación de la UCM (Formas ideológico-religiosas de construcción del paisaje: la Sicilia helenística y romana –PR1/07-14905–).

¹ No conozco ningún estudio de conjunto sobre el silencio en la religión romana. Sobre las divinidades, la voz y el silencio: J.L. Desnier, “Aius Locutius et les voix de Rome”, ed. P. Defosse, *Hommages à Carl Deroux*, Bruxelles (coll. Latomus 277), 2003, vol. IV, pp. 339-350. A. Dubordieu, “Divinités de la parole, divinités du silence dans la Rome antique”, *RHR* 220, 3 (2003), pp. 259-282.

En ciertas situaciones al menos, el silencio parece constituir una amenaza como, por ejemplo, durante el banquete. Para W. Deonna – M. Renard, *Croyances et superstitions de table dans la Rome antique (Collection Latomus 46)*, Bruxelles, 1961, pp. 89-90 para quien el silencio evoca la muerte que planea sobre los invitados quizá el banquete funerario o *silicernium* (de *silere*, ¿permanecer silencioso?). Plutarco (*De conv.* 2, 502 F) señala que cuando el silencio reina en una reunión, se dice: «Hermes ha entrado» pero el dios no es el Hermes mensajero sino el Psicompo. El silencio era, sin embargo, impuesto durante los banquetes a los esclavos: «...Y en cambio a los infelices esclavos ni siquiera les está permitido [durante la cena] menear los labios ni tan sólo para hablar. La vara reprime todo murmullo, y ni siquiera están exentos de azotaina los ruidos instintivos como la tos, el estornudo, el hipo; con sanción rigurosa se castiga la interrupción del silencio por ningún sonido; toda la noche la pasan ayunos y mudos» (Sen., *ad Lucil.* V, 47, 3)

² En las ceremonias públicas religiosas (Cic., *de div.* I, 102) y en especial en el sacrificio y en los *ludi* se gritaba previamente: *favete linguis!* para evitar escuchar así una mala palabra, voces (*linguis, vocibus*) especialmente si era de mal augurio. Así. Servio, *ad Aen.* V, 71: *ore favete apto sermone usus est et sacrificio et ludis; nam in sacris taciturnitas necessaria est, quod etiam praeco magistratu sacrificante dicebat “favete linguis, favete vocibus”, hoc est omina habete aut tacete.* De ahí la importancia del sonido de la tibia que ahogaba posibles *omina* adversos. Cfr. Seneca, *de Vit. Beat.* 26, 7; *Favete linguis. Hoc verbum non, ut plerique existimant, a favore trahitur, sed imperat silentium, ut rite peragi possit sacrum nulla voce mala obstrepente* (trad.: «Esta fórmula (*favete linguis*), como piensan muchos, no deriva de favor sino que preceptúa silencio para que la sagrada ceremonia pueda celebrarse según rito, sin ruido de ninguna mala palabra») y Festo 351 M: *sinistrum in auspicando significare ait Ateius Capito laetum et prosperum auspicium; at silentium ubi dumtaxat vacat vitio. Igitur silentio surgere cum dicitur significat non interpellari quo minus rem great.*

silencio augural³. Se trataba de un estado de absoluta e imperturbada tranquilidad, necesaria para el cumplimiento del acto y constituía una condición indispensable para la validez de la observación de los signos. Es, pues, un *silentium* absoluto, un verdadero *silentium*.

Las condiciones de los auspicios requería las mismas condiciones fundamentales tanto para los privados como para magistrados y sacerdotes. En los auspicios privados el auspiciante que tomaba los auspicios podía serlo –en casa– el paterfamilias; en el caso de los públicos era el magistrado desde el *auguraculum* del *templum* augural pero uno y otro seguían un ritual idéntico. Comenzaba entre medianoche y el alba, seguramente ante la imposibilidad de obtener el silencio durante el día. Fijémosnos, en este sentido, en el rico léxico latino de las partes de la noche (Varron, *LL VI, 7*): 1. *Crepusculum*; 2. *concupia nox*; 3. *Nox*; 4. *Nox media*, 5. *intempesta nox*; 6. *Silentium noctis*; 7. *Crepusculum matutinum*. Es evidente que la expresión *silentium nox* tiene connotaciones augurales. La importancia de estas horas explica, por ejemplo, el siguiente pasaje de Censorino:

Romani a media nocte ad mediam noctem diem esse existimarunt: indicio sunt sacra publica et auspicia etiam magistratum, quorum si quid ante medium noctis est actum diei, qui praeterit, adscribitur; si quid autem post mediam noctem et ante lucem factum est, eo die gestum dicitur, qui eam sequitur noctem

Los romanos consideraron como día el tiempo desde medianoche hasta medianoche. Prueba de ello son las ceremonias sagradas públicas e incluso la toma de auspicios de los magistrados que se consignan por escrito como del día transcurrido si aquello se realiza antes de la medianoche; en cambio si se hace después de la medianoche y antes del amanecer, se dice que se ha realizado en ese día (que en realidad viene después de aquella noche) (*de die nat.* 23, 4)

Son las horas pobladas de fantasmas⁴ en las que el poeta Tibulo hace votos a Hécate: «Yo mismo, tocado con el filamento y con la túnica suelta, / pronuncié nueve veces las invocaciones de Trivia en la noche callada (*nocte silente*)» (I, 5, 15-16)

El oficiante público se levantaba de la cama tras salir del *tabernaculum* o tienda augural para sentarse sobre una piedra o un bloque evitando así el ruido de la silla:

³ No conociendo ningún trabajo específico sobre el silencio augural, remito a los principales trabajos sobre *auguratio* y *auspicium*: P. Catalano, *Contributi allo studio del diritto augurale*, Torino 1960. D. Sabatucci, “Diritto augurale e religione romana”, *SMSR* 32 (1961), pp. 155-165. J. Linderski, “Watching the Birds: Cicero the augur and the Augural temple”, *CPh.* 81, 4 (1981), pp. 330-340. P. Catalano, “Augurium”, *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma, 1984, pp. 400-405. D. Briquel, “Art augural et Etrusca disciplina, le débat sur l’origine de l’augurat romain”, *La divination dans le monde étrusco-italique* 3 (1986), pp. 68-100; Ch. Schaublin, “Ementia Auspicia”, *WS.* 20 (1986), pp. 165-181. J. Linderski, “The Augural law”, *ANRW* 2, 16, 3 (1986), pp. 2146-2312. J. Vaahtera, *Roman Augural Lore in Greek Historiography: a Study of the Theory and Terminology*, Stuttgart, 2001.

⁴ *Cfr.* También: Virg., *Aen.* IV, 527; 7, 87ss.; Ovid., *Met.* 15, 797; Plin. *Ep.* 7, 27, 5.

[]ilentio surgere ait dici ubi qui post mediam [noctem auspi]candi causa ex lectulo suo si[lens surr]exit et liberatus a lecto, in solido [se possuit se] detque ne quid eo tempore deiciat cavens, donec se in lectum reposuit: hoc enim est [propie si]lentium, omnis vitii in auspiciis vacuitas. Veranius ait non utique ex lecto, sed ex cubili, nec rursus se in lectum reponere necesse esse.- solida sella.

Silentio surgere, dice [Verrio Flaco], se usa hablando de un hombre que, después de medianoche, se ha levantado silenciosamente del lecho para tomar los auspicios y, abandonando el lecho, se ha puesto y está sentado sobre una silla maciza (*in solido*), cuidando bien (?) hasta que haya regresado al lecho, de no arruinar nada durante todo este tiempo: porque *silentium* es la ausencia de todo aquello que pueda viciarlos (Fest. 438 L)

Nada debía interrumpir el silencio turbando o viciando así el auspicio (*id enim silentium dicimus in auspiciis quod omni vitio caret. Hoc intelligere perfecti auguri est*: Fest. 348). Las fuentes se hacen eco de las principales amenazas, conocidas como *dirae obstrepentes* (NH XXVIII, 2, 11):

1. tropezar con el pie.
2. que el viento apague la lámpara del augur: «¿Por qué consideran que es siempre necesario que estén destapadas las lámparas de los sacerdotes que consultan las aves (y a quienes dieron en un principio el nombre de auspices, y actualmente el de augures) y que no las cubra nunca la tapadera?» (Plut., *QR* 72). La respuesta que el propio Plutarco propone parece bastante acertada: cuando sopla un viento fuerte las aves no suelen mantenerse seguras, ni ofrecen señales inequívocas, «a causa de su vuelo errante y anómalo». Los augures se entregarían a la observación de las aves no cuando sopla el aire, sino cuando el viento está en calma y tranquilo. El momento oportuno de la observación será aquel en el que exista calma absoluta, que nada venga a perturbar la naturalidad del comportamiento de las aves. El recurso de los augures a la lámpara es, pues, un instrumento para calibrar la dirección e intensidad del viento. Si la llama de la lámpara se apaga, hay que suspender, pues, el ritual auspicial.
3. el grito o el chillido de un ratón⁵. Según Plinio (NH VIII, 223) en los *Annales* se recordaban muchos casos de ceremonias de auspicios interrumpidas por el grito de los ratones (*Nam sauricum occentu dirimi auspicia annales refertos habemus*). Plutarco (*Vit. Marc.* 5, 6) utiliza en griego el término *strismós* que corresponde al latino *stridor*. Se trata de un roedor nocturno, el *occentus soricis*, del que sólo tenemos tres testimonios, uno de ellos referido a Fabio Máximo:

⁵ Es fundamental el trabajo de Laila Roberto, “Segni e suoni infausti nel mondo magico romano”, *Annali Facoltà di Lettere e Filosofia* 46 (2003), pp. 189-211.

Occentus soricis auditus Fabio Maximo dictaturam, C. Flaminio magistrum equitum deponendi causa praebuit.

El oír el chillido de una rata de campo fue razón suficiente para que Fabio Maximo abandonara su dictadura y Cayo Flaminio cediera el mando supremo sobre la caballería (Val. Max. I, 1, 4).

4. una ventosidad de alguno de los presentes. El pasaje más explícito es, en este sentido, el de Festo:

Domi cum auspicamus honorem me dium immortalium velim habuisse. Servi ancillae si quis eorum sub centone crepuit quod ego non sensi, nullum mihi vitium facit, si cui ibidem servo aut ancillae dormienti evenit quod comitia prohibere solet, ne is quidam mihi vitium facit.

Cuando consultamos los auspicios en casa... si a un esclavo o una esclava se le escapa una ventosidad bajo el vestido y yo no lo he escuchado, esto no invalida en nada mi acto. Análogamente si a un esclavo o a una esclava, durante el sueño, le sucede aquello que habitualmente prohíbe los comicios, tampoco esto invalida mi acto (Fest. 242 L).

5. la caída de un objeto (*auspicia caduca*), como por ejemplo una vara de la mano, en el templum augural: *Caduca auspicia dicunt, quom aliquid in templo excidit, veluti virga e manu* (Fest., 56 L)

En caso de que el silencio no hubiera sido observado, como prescribía la doctrina augural, se incurría en un *vitium* y, como cualquier otra transgresión de una norma ritual, en un pésimo presagio que los dioses no dejaban de advertir mediante graves prodigios. Se debía, pues, constatar el *silentium* prestando atención a todo hecho imprevisto que anulara la observación augural.

Una de las funciones del augur, en calidad de asistente del magistrado, consistía en constatar que había silencio: el auspicante, inmóvil y recogido, contemplaba el espacio que se abría ante él para pronunciar después la fórmula que contenía, con las invocaciones necesarias, la *legum dictio* y los signos esperados en la region en la cual las aves debían aparecer. Al *silentium*, pues, seguía la palabra mientras en el sacrificio al cese de palabra, es decir, al silencio, seguía el sacrificio.

La importancia del *silentium* augural explica que éste se exigiese también en otra ceremonia auspicial: el *tripudium* u observación del apetito de los pollos⁶. Parece haberse seguido idénticos pasos previos que en la observación de las aves a cielo abierto:

⁶ Sobre el *tripudium* y los *auspicia pullaria*: G.B. Pighi, "Tripudium", *RAIB* 3 (1949-1950), pp. 145-159.

Papirius silentio surgit et pullarium in auspicium mittit. Nullum erat genus hominum in castris intactum cupiditate pugnae ...is ardor omnium etiam ad eos qui auspicio intererant pervenit...

Durante el tercer relevo de la guardia, Papirio, recibida ya la carta de su colega, se levanta en silencio y manda al pulario a consultar los auspicios... (Liv. X, 40, 2-4)

Sin embargo, Cicerón se lamenta de que en su tiempo “cualquiera” (¿competente en derecho augural pero no augur?) –y no un experto– pudiese interpretar si hay o no silencio, quien, además, afirma inmediatamente que lo hay, sin esperar; ya no se pregunta si hay o no silencio sino que se quiere saber “cuándo”:

Peritum autem esse necesse est eum qui, silentium quid sit, intellegat; id enim silentium dicimus in auspiciis, quod omni vitio caret. Hoc intellegere perfecti auguris est; illi autem qui in auspicium adhibetur, cum ita imperavit is, qui auspicatur: “Dicito, silentium esse videbitur”, nec suspicit nec circumspicit; statim respondet silentium esse videri.

Pero habría que ser necesariamente un experto para que entendiera qué es “el silencio” (y es que, en los auspicios, llamamos “silencio” a la situación que se produce cuando no existe perturbación alguna). Entender tal cosa es lo que corresponde a un perfecto augur. Por lo demás, cuando el que procede al auspicio ha dado a quien lo ejecuta el siguiente mandato: “avisame, cuando te parezca que hay silencio”, éste no mira hacia arriba, ni alrededor; al punto responde que parece haber silencio (*de div.* II, 34, 71-72).

2. DEL AUSPICIUM AL PRODIGIUM

En una reciente monografía⁷ he señalado la importancia que poco a poco asumen las aves en el ámbito de los prodigios bien posándose –siempre inesperadamente– en el interior de un templo o de su recinto sagrado, bien peleando entre ejemplares de una misma especie o de especies diferentes (aguila y cisne, halcón y paloma, etc.).

Un ejemplo de ello tiene lugar en el año 99 a.C. (Obs. 46) cuando en el momento en que el tribuno de la plebe Sexto Ticio iba presentar al pueblo la ley de asignación de tierras dos cuervos que revoloteaban sobre la asamblea, se pelearon entre sí despedazándose con picos y garras. Tratándose de un *prodigium* y no de un auspi-

⁷ S. Montero, *Augusto y las aves. Las aves en la Roma del Principado: prodigio, exhibición y consumo (Instrumenta 22)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2006.

cio, los arúspices intervinieron emitiendo un *responsum* en el que se aconsejaba aplacar a Apolo con sacrificios y abandonar la ley que se presentaba⁸.

Otro caso parecido tiene lugar algunos decenios después, durante la estancia de Octavio en Bolonia, tras la conclusión del acuerdo de los triunviros cuando inesperadamente un águila se posa en su tienda y mató a dos cuervos. Como se desprende del relato de Suetonio y Dión Casio el significado del prodigio era claro: el águila representa a Octavio, los dos cuervos muertos a los otros dos triunviros⁹. La primera parte del prodigio –el águila que se posa sobre la tienda de Octavio– es una señal de Júpiter para mostrar su preferencia por el más joven de los triunviros y que recuerda lo sucedido durante el nacimiento de Alejandro Magno:

Quin et bellorum omnium eventus ante praesensit. Contractis ad Bononiam triumvirorum copiis, aquila tentorio eius suspersedens duos corvos hinc et inde infestantis afflixit et ad terram dedit, notante omni exercitu futuram quandoque inter collegas discordiam talem qualis secuta est, atque exitum praesagiente.

Hechos aún más significativos: supo siempre por anticipado el desenlace de todas sus campañas. Cuando los ejércitos de los triunviros acampaban reunidos cerca de Bolonia, un águila, que se había posado sobre su tienda, abatió y arrojó al suelo a dos cuervos que la hostigaban por ambos lados. Todo el ejército se dio cuenta de este augurio y presagió que tarde o temprano surgiría la discordia entre los colegas del triunvirato, como en efecto se produjo y cuál sería su desenlace (Suet., *Aug.* 96, 1).

Es difícil que estas inesperadas intervenciones de las aves fueran consideradas un *auspicium oblativum*. Se trata, mejor, de un prodigio (en ocasiones se alude a la muerte del ave y su expiación a cargo de los arúspices): asistimos a la “prodigialización del auspicio”.

Dicho prodigio es, en mi opinión, de origen griego (ya la *Iliada* recoge algunos de tipo muy parecido) pero también etrusco; prueba de ello es que son los arúspices quienes ofrecen el significado concreto –generalmente en clave política– y en muchas ocasiones también prescriben su expiación. Es un prodigio que guarda relación e incluso un estrecho paralelismo con el rayo tanto por lo que se refiere a la atención prestada tanto a la naturaleza (forma, color, etc.) como a la procedencia y el lugar donde caía o se “posaba”. Sabemos que el rayo fue considerado como prodigio por primera vez a partir del año 295 a.C. (Liv. X, 31, 8) y probablemente las aves pasaron también a esta categoría a partir del 223 a.C., año en el que, según Dión Casio (Dion 12=Zon.8, 20), «en el foro se posó un buitre durante varios días». Durante la II Guerra Púnica se acentúa la aparición de aves entre los prodigios públi-

⁸ Sobre el episodio del 99 a.C.: S. Montero, *op. cit.*, pp. 33ss.

⁹ Sobre el episodio de Bolonia: S. Montero, *op. cit.*, pp. 79ss.

cos y después, a lo largo del siglo II a.C., se registran algunos episodios más para reaparecer con fuerza, multiplicándose los casos, entre Mario y Octavio. Estamos ante un fenómeno general pues si bien la mayor parte de los prodigios son observados en Roma (y en particular en el Capitolio) lo mismo sucede en otras ciudades del Lacio como Lavinium (tres casos), Anagni, Priverno, Caere, Crustumerium, etc.

Respecto a las aves que protagonizan los prodigios (públicos en su mayor parte) algunas ellas pertenecen a la lista de aves augurales –cuervos, milanos, buitres, sanqualis– si bien llama la atención la predominante presencia del búho en Roma a partir del año 135 a.C. y la casi total ausencia del águila hasta el Principado de Augusto. Examinemos los casos conocidos:

- 223 a.C. un buitre se posa en el Foro durante varios días (Dion 12=Zon.8, 20).
- 218 a.C.: un cuervo entra en el templo de Juno en Lavinium y se posa sobre el pulvinar (Liv. XXI, 62, 4).
- 214 a.C.: unos cuervos hacen un nido en el interior del templo de Juno Sospita en Lanuvium (Liv. XXIV, 10, 6).
- 210 a.C.: en el bosque consagrado a Diana en Anagni las aves abandonaron sus nidos en los árboles (Liv. XXVII, 4, 12).
- 209 a.C.: en Priverno un buitre se posa en una tienda del foro cuando estaba concurrido (Liv. XXVII, 11, 4).
- 208 a.C.: un buitre entra en el templo de Júpiter en Caere (Liv. XXVII 23, 3).
- 203 a.C.: cuervos picotean y comen oro en el Capitolio (Liv. XXX 2, 9-10).
- 177 a.C.: un sanqualis destroza en Crustumerium una piedra sagrada con el pico. Se celebra un día de rogativas (Liv. XLI 13, 1-3).
- 175 a.C.: Cuando a causa de una grave epidemia los cadáveres de hombres y animales estaban tirados por el suelo ya que Libitina no daba abasto, no aparecieron los buitres (Obs. 10=Liv. 41, 19-20).
- 166 a.C.: un milano deja caer al vuelo en medio de la asamblea de los senadores reunida en el Capitolio una comadreja que había atrapado en el templo de Júpiter (Obs. 12).
- 165 a.C.: un cisne que se había metido en el templo de la Victoria se escapó de las manos de sus captores (Obs., 14).
- 137 a.C.: «Cuando se tomaban los auspicios en Lavinio, los pollos sagrados echaron a volar desde la jaula hasta el bosque Laurentino y no fueron encontrados» (Obs. 24 = Liv., *Per* 55, 6 = Val. Max. I, 6, 7)
- 135 a.C.: «Se escuchó el canto de un búho primero en el Capitolio y después en las inmediaciones de la ciudad. Se ofreció una recompensa y el ave fue capturada por un cazador y quemada; sus cenizas fueron esparcidas por el Tíber» (Obs. 26).
- 134 a.C.: «En el Capitolio durante la noche un ave emitió gemidos parecidos a los humanos» (Obs. 27).
- 133 a.C.: «En Roma fueron vistos un búho y otra ave desconocida» (Obs. 27a).

- 125 a.C.: «Fue visto un búho en el Capitolio» (Obs. 30).
 122 a.C.: «Fue visto un búho en el Capitolio» (Obs. 32).
 108 a.C.: «Un pájaro incendiario y un búho fueron avistados en la ciudad» (Obs. 40).
 104 a.C.: «Se vió un buho en las afueras de Roma... Unos buitres murieron sobre una torre alcanzados por un rayo» (Obs. 43).
 99 a.C.: Al haber sido visto un búho en Roma, la ciudad fue purificada... «Cuando el tribuno de la plebe Sexto Ticio, a pesar de la oposición de los colegas, se empeñó en presentar un proyecto de ley sobre distribución de tierras entre el pueblo, dos cuervos que volaban en las alturas libraron encima de la asamblea una pelea tan reñida que se destrozaron con sus picos y garras. Los arúspices declararon que era preciso ofrecer a Apolo un sacrificio propiciatorio y dejar de lado el proyecto de ley que se estaba debatiendo» (Obs. 46).
 98 a.C.: «Cuando se estaba haciendo un sacrificio expiatorio por haber sido visto un búho en el Capitolio sobre las estatuas de los dioses, la víctima, un toro, se desplomó sin vida» (Obs. 47).
 96 a.C.: En el Capitolio se dio muerte a un buho (Obs. 49).
 95 a.C.: «Unos buitres que despedazaban el cadáver de un perro fueron muertos y devorados por otros buitres» (Obs. 50).
 94 a.C.: «Se avistó un pájaro incendiario y se le dio muerte» (Obs. 51).
 93 a.C.: «En el templo de Apolo en Roma fue atrapado un milano» (Obs. 52).
 92 a.C.: «Un búho se murió entre las manos de los que lo capturaron en el templo de Fortuna Ecuestre...Nació un polluelo de gallina con cuatro patas» (Obs., 53).
 88 a.C.: «En el Estratópedo, lugar habitual de reunión del senado, unos cuervos mataron un buitre acibillándolo a picotazos» (Obs. 56).
 78 a.C.: un gallo habla en la villa de Galerius en Ariminium (Plin., *NH* X, 50).
 77 a.C. «...y cuando estaba [Décimo Lelio, legado de Pompeyo] sentado cerca de Pompeyo en el campamento, se había acercado un halcón por encima de su cabeza» (Obs.58)

3. EL SILENCIO ANTE EL PRODIGIO PROTAGONIZADO POR AVES

En cualquier caso en este nuevo tipo de prodigio que se registra en Roma desde el siglo II a.C. también el silencio juega un importante papel. Se advierte ya, por ejemplo, en la *Iliada* en el célebre episodio de la serpiente que devora los gorriones y que el *mantis* Calcante interpreta como los años que durará la guerra de Troya. Lo cierto es que, según Homero, los asistentes permanecieron «mudos de asombro» (*Il.* II, 322) y cuando Ovidio recrea de nuevo el prodigio en sus *Metamorfosis* dice simplemente: «pasmáronse todos» (*obstipuere omnes*: XII, 18).

En la *Eneida*, Yturna envía un águila que persigue una bandada de cisnes concentrando la atención de los itálicos mientras los rútilos saludaron con gritos el

augurio¹⁰. En otro episodio, Turno lucha contra una de las Furias, enviada por Júpiter, bajo la forma de «pájaro siniestro» (*alitis in parvae subitam conlectam figuram*) que pasa ante su rostro revoloteando y batiendo sus alas en su escudo ante el terror de Turno: «paralizado queda, los cabellos / yertos de horror, y la garganta opresa» (*Illi membra novus soluit formidine torpor / arrectaeque horrore comae et vox faucibus haesit: Aen. XII, 867-868*)

En el ámbito historiográfico encontramos idénticas reacciones. Casio y Bruto habían decidido resistir en Filipos (Macedonia) y fue allí donde Antonio y Octavio los derrotaron en dos batallas libradas el 9 y el 23 de octubre del 42 a.C.¹¹. En vísperas de la primera batalla las aves carroñeras que sobrevuelan el ejército de Casio «infundía estremecimiento y miedo» dice Dión Casio (47, 40, 8). En la descripción de Apiano y de Plutarco se hace mención del más profundo silencio:

El día se consumió en estos preparativos hasta la hora nona, cuando dos águilas, cayendo sobre el espacio que separaba a ambos ejércitos, pelearon entre ellas. *Reinaba el más profundo silencio*. Pero cuando la del lado de Bruto huyó, un grito agudo surgió de entre los enemigos y se alzaron las enseñas por uno y otro bando. La carga fue soberbia y terrible (App., *BC IV*, 128).

...y que antes de la misma batalla combatieron dos águilas en el espacio que mediaba entre las dos huestes, *estando toda la llanura en increíble silencio y todos mirándolo*; y cedió y se retiró la que estaba en la parte de Bruto (Plut., *Bruto* 48, 1-5)ḡ

En otras ocasiones no se menciona el silencio, pero se sobreentiende claramente. Así, por ejemplo cuando mientras Augusto ofrecía un sacrificio expiatorio, con gran afluencia de público (*magna populi frequentia*), un águila revoloteando a su alrededor varias veces (*aquila eum saepius circumvolavit*) se dirigió luego a un templo próximo posándose sobre el nombre de Agripa junto a la primera letra (*transgressaque in vicinam aedem super nomen Agrippae ad primam litteram sedit*) (Suet., *Aug.*, 97, 1). Suetonio no menciona el silencio de los protagonistas del ritual sacrificial ni de los espectadores. Señala sólo que ante este presagio Augusto encargó a su colega Tiberio que ponunciera los votos para el próximo lustro ya que él no iba a poderlos cumplir (id., 97, 2). Es evidente que el águila debió anunciar algo que impresionara al princeps y a los presentes y no requería de interpretaciones. Augusto no necesitó de la interpretación de los arúspices y los augures jamás hubiesen intervenido en el desciframiento de un prodigio de estas características pero debió darse cuenta del significado: el signo divino –más allá de la muerte– debió ser entendido

¹⁰ Sobre la auguratio en Virgilio: E. Breguet, “Virgile et les augures. A propòs d’*Eneide* IX, 324-328”, *MH* 13 (1956), pp. 54-62.

¹¹ *Cfr.* S. Montero, *op. cit.*, pp. 84ss.

como anuncio de la futura apoteosis de Augusto. El biógrafo latino no menciona el silencio reinante del *populus*, pero tampoco lo necesita.

El silencio está, pues, presente tanto en el *auspicium* como en el *prodigium* protagonizado por aves. Sin embargo, es evidente que existen algunas notables diferencias. En el segundo caso el silencio no es ya una exigencia que parta del augur o del magistrado siguiendo los preceptos de la *disciplina auguralis*, no es un silencio ritual sino espontáneo de todos los presentes. Ya no es previo a la observación del vuelo de las aves en el *templum* augural, sino, por el contrario, coincidente con el desarrollo del prodigio. Tampoco se impone a medianoche sino en cualquier momento del día.

Se trata, sobre todo, de un tipo de silencio que nace ante la contemplación de un hecho extraordinario, que suscita expectación, atención, sobrecogimiento y, en ocasiones, miedo. Un silencio necesario para siguiendo atentamente el vuelo del ave, tratar de entender el mensaje que los dioses envíen en ese momento a los hombres. Un silencio, en fin, roto a continuación por manifestaciones de temor o abatimiento pero también por gritos de alegría y júbilo según el prodigio se interprete en un sentido desfavorable o no.